

Letras oscuras. Un testimonio.

Toño Malpica

Me llamo Antonio Malpica y me confieso culpable del siguiente pecado: escribí una saga juvenil. Pero eso no es lo más grave; lo más grave es que se trata de una saga de terror, con sangre, muertos, demonios y demás linduras. Ah, y de ribete, que no son ni dos ni tres volúmenes sino, agárrense: cinco, algunos de ellos bastante gordos. Y finalmente, he aquí la peor confesión de todas: que me ha gustado. Con todo lo que escribir y editar y publicar conlleva, lo disfruté. Y bastante. Del mismo modo que se disfruta una aventura con su buena dosis de riesgo, aun aquellos momentos en los que has estado a punto de caer a algún acantilado, ahora que estoy casi de vuelta en casa (es decir, a punto de que se publique el quinto volumen), puedo decir que no me arrepiento de nada. Y que de eso se trata esta disertación, del por qué alguien que ama tanto la letra y quiere tanto a los chicos es capaz de cometer el crimen de escribirles con la única intención de espantarlos, en un sello comercial además y tentando a la suerte de ser tildado, de una vez y para siempre, como un autor frívolo al que no le interesa otra cosa más que engordar la cuenta bancaria y mandar a sus lectores al siquiatra.

En mi descargo diré que al principio yo no quería. Diré que cuando me llamó Daniel Goldin a mi casa, con la propuesta de que participara en una colección de novelas de terror para chicos, me pareció una mala idea. Nunca antes había escrito una novela de terror y, aunque siempre he gustado del género, jamás me había pasado por la cabeza abordarlo. Y mucho menos desde la LIJ. Pero no desdeñé la invitación porque siempre me he visto a mí mismo como un contador de historias, en primer lugar, y porque no sería la primera vez que intentara algo que jamás me hubiese pasado antes por la cabezota, en segundo lugar. (De hecho, la historia de mi vida casi podría resumirse así: me enamoré de la lectura a los doce, cuando no yo no leía ni jota; me enamoré de la escritura a los veinte, cuando estaba estudiando ingeniería en

computación; y me enamoré de la escritura para niños y jóvenes a los treinta y tres, cuando venía de escribir teatro y novela para adultos; pero bueno, esa es harina de otro costal).

Diré entonces que la petición de Goldin fue muy clara: espantar a mis lectores lo más que pudiese. En otras palabras: “que no me tentara el corazón” a la hora de teñir mis páginas de negro.

Y así lo hice. No siempre me pongo tan obediente con mis editores, pero en esta ocasión, aunque nunca había trabajado con Daniel Goldin, honestamente quise apoyarme mucho en él pues sabía de lo que era capaz como editor. Así que escribí una novela un tanto terrorífica... no, corrijo, bastante terrorífica... no, vuelvo a corregir, tremendamente terrorífica, con la que estaba seguro de poder causar el miedo suficiente en mis lectores de 12 años en adelante como para cumplir con la encomienda impuesta por Goldin. Tan seguro estaba yo de haber conseguido el terror necesario que dudé en que la novela fuera, siquiera, publicable. Es decir: el primer aterrorizado fui yo; en verdad temía que en materia de LIJ estuviera transgrediendo algún límite oculto que, a la postre, me costara mi permanencia en los libros para niños. Ya me veía en los titulares de los diarios: “Autor novato de LIJ traumatiza chamacos y huye del país.” Pero la enorme confianza de Daniel me cobijó lo suficiente como para trabajar el texto (al cual, por cierto, nunca me pidió que le aminorara la dosis de miedo sino que, por el contrario, aunque ustedes no lo crean, me demandó que le pusiera más terror) y, finalmente, terminé publicando la novela con la promesa de que podía extenderla a una saga si yo en verdad me sentía con el ánimo y las fuerzas y era lo bastante caradura.

Habría que decir finalmente que en el 2008, después de un año de trabajo, presentamos el libro de la mano; Daniel y yo; él con todo el aplomo del mundo; yo, temblando como gelatina.

Han pasado diez años desde aquella invitación a escribir terror. Diez años y cuatro libros publicados; uno a punto de publicarse, el último de la saga. Y puedo decir que ha sido una de las experiencias más gratificantes y más

aterradoras de mi vida. Y que lo único que me impidió acobardarme al escribir uno tras otro, al menos durante los tres primeros, fue esa seguridad ecuánime de Daniel de estar haciendo lo correcto. En los dos últimos él ya no hizo labor de edición pero no fue necesaria, pues en el cuarto, modestia aparte, el aprendiz ya se sentía tan seguro como su maestro, y en el quinto, el proceso ha sido toda una fiesta.

El asunto es que ha valido mucho la pena. Diez años, casi dos mil páginas, un montón de trabajo. Y ha valido mucho la pena.

¿Pero cómo es posible, estarán ustedes pensando, que alguien que parece, al menos a la distancia, una persona cuerda, sensata y funcional, pueda sostener que cinco libros que chorrean sangre cada vez que se les abre son algo bueno, meritorio, o que valga mínimamente la pena en el mundo de la LIJ?

Pues sí. Lo sostiene. Tal vez no con las razones más canónicas e investidas de autoridad de su lado, cierto, pero de que lo sostiene, lo sostiene. (Y “ay Jalisco, no te rajés”)

Primeramente porque al menos para esa persona, acaso no tan cuerda, no siempre sensata y una buena parte de las veces bastante disfuncional, sí que ha valido mucho la pena. Y me atrevo a decir que, en cierto ámbito que le apuesta más a lo íntimo que a lo mediático, más a lo placentero que a lo obligatorio, más a lo lúdico que a lo académico, también ha sido muy bueno para aquellos en quienes estaba pensando a la hora de ponerse a escribir: los lectores. Y es gracias a ellos que mucho de lo relacionado con esta saga ha sido de lo mejor que me ha pasado en la vida. Porque solo alguien que se atreve a escribir por entregas tiene la oportunidad de conocer al lector más afectuoso que existe: aquel que crece contigo y tus personajes y que te perdona un año y medio de silencio a cambio de una historia que, usualmente, se devora en un par de días.

Lo cierto es que, después de mis horribles inseguridades y el terror absoluto de que, a partir del primer libro, me buscarían hordas de padres de familia

para demandarme el haber dañado irremisiblemente a sus hijos, comentarios como los que siguen (y que llegaron espontáneamente a mi página web y que son, todos, de personas adultas) me permitieron pensar al paso de los años que, en efecto, tal vez Daniel y yo sí habíamos dado en el clavo de alguna manera.

Hola Toño! Este es el comentario de una mamá agradecida por la magia de los tres volúmenes de El Libro de los Héroe. Mi hijo se llama Eugenio, tiene 10 años y no puede vivir sin un libro (literalmente). Ha leído mucho, sólo en el último año más de 30 libros. Pero sin duda los que más ha disfrutado son los 3 de El Libro de los Héroe. (Beatriz Vargas)

...terminé por elegir "Siete esqueletos" que aunque es una novela larga para leerla en grupo, me pareció la más adecuada. Desde luego requería de al menos mes y medio para leerla con los chicos, así que terminaríamos el libro durante el curso de verano. Hasta ahí todo bien, pero... no me imaginé lo que venía. Resulta que desde la primera lectura me di cuenta que era completamente insuficiente el tiempo que había pensado dedicarle, comenzamos a las 8am y eran las 11:00 y no querían que dejáramos de leer. Fue necesario que les prometiera ir jueves y viernes de la siguiente semana para poder continuar. El Jueves pasó igual, solo que la maestra no estaba dispuesta a ceder tanto tiempo de su clase y solo pudimos leer una hora y no lo vas a creer, es más yo habría pensado que eso no pasa ni en películas, pero me rogaron que a la hora del recreo continuáramos leyendo en la biblioteca de la escuela. Yo estaba de veras intrigada porque nunca los había visto con tanto interés, pero todo el recreo, TODO escucharon muy atentos, hasta el director y la maestra fueron a verlos porque no se la creían, vamos ni yo lo creía. (Maru Aquino).

Buenas tardes Sr. Malpica, somos una familia argentina, que en pocos días más estaremos visitando DF en México. Es por pedido de nuestra hija que por su cumpleaños 15, eligió visitar México y sobre todo DF porque quiere conocer el barrio donde usted sitúa la casa del personaje Sergio Mendhoza en sus obras

Siete esqueletos decapitados, Nocturno Belfegor. Nuestro deseo sería poder regalarle su última obra El llamado de la estirpe pero firmado por usted, por lo cual necesitamos saber si por los días 21, 22, 23 y 24 de febrero usted estaría firmado ejemplares en algún lugar de DF. Desde ya aprovecho para saludarlo muy atte, y quedo a la espera de su respuesta (Mónica Sosa).

Que tal, compre su primer libro (siete esqueletos decapitados-libreria el sotano)para mi hijo de 12 años buscando algo que le agradara leer, ja, ja, posteriormente compre el de Nocturno Belfegor, cosa mala, ya no le han dado animos de leerlo por que le da miedo, pero lo curioso es que cuando compre el libro fue pensando en que le gustara, no hubiera creido que seria a mi a quien le gustaran mas y me los deberaria leyendo, y de hecho estoy esperando el tercer libro, es por eso que le envio este comentario, que mas bien parece carta, para saber como para cuando publicara ese libro o por casualidad ya estara? y esta madre despistada ni enterada esta, ja, ja (Erika López).

Haciendo a un lado la satisfacción que puede dejar a un autor el saber que sus libros son leídos y disfrutados, al final lo que más me ha confortado como temeroso autor de letras oscuras y, por demás, hilvanadas en ramillete, es el hecho de que en más de una ocasión los comentarios de agradecimiento han ido por el lado de “mi hijo no leía y gracias a usted ahora lo hace” o bien “mi hijo jamás había leído un libro completo y el suyo es el primero”. Y dejando también a un lado la certeza de que un libro que se llame “Siete esqueletos decapitados” tiene más posibilidades de ser un pasquín sensacionalista que literatura de verdad, lo cierto es que, otra vez modestia aparte, ha funcionado como primer peldaño en la escala de conversión de niños no lectores en niños lectores.

Voy a repetirlo: un primer peldaño. El inferior. El de hasta abajo. El que toca el suelo. Pero igualmente necesario porque no hay escalera, aún si ésta llega al cielo, que no cuente, por fuerzas, con un primer escalón. Y ese es el que casi siempre nos corresponde ocupar a los que hacemos LIJ. Nos guste o nos

disguste. Todos. No sólo los que espantamos a nuestra audiencia enfundados en una sábana.

No caeré en la tentación de comparar mi saga con otras más exitosas y cuya mayor virtud debe haber sido precisamente esa: la de lograr el encantamiento por la lectura en muchachos que antes no leían porque sería un exceso de presunción. (Aquí entre nos, ha bastado hacer la mención para que quedara hecha la comparación, vaya tipo más desvergonzado, pero hay que pasárselo por alto porque viene de lejos y ha cargado hasta con sus hijos y está que trina de que lo hayan invitado al Foro). Pero bueno, siendo muy honestos, y asumida la debida proporción, sí me siento honrado de formar parte de aquellos autores que, aún sin proponérselo, han conseguido generar nuevos lectores literarios en un mundo en el que cada día es más difícil encontrarlos.

Porque escribir una saga no es fácil. La verdad no se lo recomiendo a nadie. Es arduo, largo, ingrato, cansado, demoledor y, al menos en mi caso, no siempre ayuda a pagar las cuentas. Pero basta saber que una niña argentina pide, como regalo de quince años, ir a la Ciudad de México para conocer la plaza donde viven sus personajes favoritos o que una niña en Perú llora de emoción al saludar al sujeto, no siempre cuerdo, ni sensato, ni funcional, que ha dado vida a los protagonistas de sus libros más queridos, para sentir que todo vale la pena. O basta una carta entregada en mano en una feria del libro escrita por una niña mexicana que dice “de verdad nunca pero nunca dejes de escribir” para echar por tierra todas las inseguridades cosechadas a lo largo de diez años. Que un chico o chica lea con esa intensidad, ese cariño, esa pasión... no puede ser totalmente malo. Por mucha sangre que caiga al suelo al abrir el ejemplar.

Y hasta ahí, señoras y señores, esta disertación.

(Ningún profesor emérito de letras clásicas fue lastimado en la elaboración de este escrito.)